

un cuerpo tan bello. Cada vez que veía á Anthea, que escuchaba sus palabras, multiplicábase su entusiasta admiración.

Y el, que no creía en los dioses llegó á dudar de que Anthea fuese hija de Timón, y á creer que, mitad mujer, mitad diosa, debía ser nacida de divinidades, hija de inmortal.

Cinna la amó, y la amó con amor nuevo, invencible, inmenso. Amor diferente de cuantos hasta entonces sintiera, porque Anthea era también diferente de las demás mujeres. Si deseaba poseerla era para arrojarse á sus piés. Y por este placer diera gustoso hasta la última gota de su sangre.

Parecíale preferible ser mendigo con ella, que rey sin ella. Y cual el torbellino de la mar arrastra con fuerza irresistible cuanto se opone á su vertiginosa marcha, así el amor se enseñoreó del alma de Cinna, de su corazón, de sus días, de sus noches, de su existencia toda...

Y el amor acabó por ser dueño absoluto del alma de Anthea.

Tu felix Cinna! le decían los amigos.

Tu felix Cinna! repetíase á sí mismo.

Y el día de los esponsales, cuando los puros labios de Anthea balbucearon temblorosos la frase sacramental: *Ubi tu Cæius, ego Cæia:* —Donde estarás tú Cayo, estaré yo Caya, —imaginóse que su felicidad era como la mar, sin límites, sin término...



V

EN MEMFIS

UN año había transcurrido del día de los esponsales: Anthea continuaba siendo para Cinna objeto de respetuoso culto, alma de su alma, encarnación del amor, de la sabiduría, de la luz...

Pero esta felicidad inmensa como el mar debía como el mar ser tornadiza y engañadora.

Al morir aquel primer año Anthea fué presa de misteriosa enfermedad. Sus sueños proféticos trocáronse en visiones horribles capaces de causarle la muerte. Su rostro

palideció hasta adquirir la transparencia del nácar: sus manos llegaron á ser diáfanas y sus hermosos ojos se hundieron profundamente. El lotos rosado se volvía blanco, blanco como la faz de los muertos. Repetidas veces vió á los buitres revolotear por encima el palacio de Cinna. La presencia de tales aves era tenida en Egipto como augurio de muerte.

A Anthea sus visiones la aterrorizaban. Cuando al mediodía el sol inundaba la tierra de luz blanca y de calor vivificante; cuando, de noche, la ciudad dormía envuelta en silencio, imaginaba oír los precipitados pasos de invisible cortejo y ver surgir de las insondables profundidades de la atmósfera una faz cadavérica que clavaba en ella sus ojos brillantes.

¡Ah! ¡aquellos ojos la miraban implacables, cual si anhelaran fascinarla, arrastrarla á tinieblas misteriosas, terribles!

Y el cuerpo de Anthea temblaba de fiebre: su frente pálida, lívida, bañábase de sudor helado: entonces cual niño aterrorizado, perdidas las fuerzas y buscando un apoyo, dejábase caer en los brazos de Cinna gritando:

—¡Socorro!

—¡Socorro! repetían sus labios amoratados. ¡Socorro! ¡Cayo! ¡Defiéndeme!

Y Cayo hubiera atacado á cuantos espec-

tros engendrara Perséphone... Pero en vano clavaba su mirada escrutadora en el espacio ó en las tinieblas: nada veía. A su alrededor reinaba la majestuosa calma del desierto: los deslumbrantes rayos del sol bañaban la ciudad: el azul del mar vibraba al beso de la luz, interrumpiendo el silencio el acompasado volar de los buitres que se cernían sobre el palacio.

Las visiones hiciéronse más frecuentes hasta llegar á ser cotidianas. En todas partes, en el campo, en el atrio del palacio, en las habitaciones más recónditas, en todas partes, asaltaban á Anthea.

Cinna consultó á los médicos: mandó llamar á las tañedoras de la *sambuca* egipcia; á los sacerdotes maestros en el arte de tocar la flauta de arcilla, esperando que el ruido infernal de aquella música salvaje ahogaría el misterioso rumor de los seres invisibles.

¡Vana esperanza! Anthea lo percibía á pesar de las notas estridentes, del más desenfrenado concierto. Y cada día cuando el sol llegaba á lo más alto de su carrera, á la hora en que la sombra queda en torno de los piés del hombre, cual túnica caída de los hombros, en el aire ardiente y palpitante surgía de súbito la faz cadavérica... inmóvil, clavando en Anthea sus ojos brillantes; después retrocedía lentamente, y su expresión horrible parecía repetir: «¡Ven! ¡ven!»

A veces la enferma creía que el espectro agitaba los labios, otras veces veíale vomitar sobre ella inmundos necróforos...

Al solo recuerdo de tales visiones los ojos de Anthea se llenaban de terror.

Pronto la vida hubo de resultarle carga tan penosa que rogaba á Cinna le permitiera tomar un veneno, ó le clavara en el pecho su afilado gladio.

¡Bien sabía Cinna que jamás podría resolverse á ello!

Por Anthea diera su sangre, toda su sangre... Por ella con aquel mismo gladio abríase las venas una á una... ¡Matar á Anthea! ¡Ver muerta aquella cabeza adorada, cerrados los párpados, inmóviles, fríos! ¡Ver aquel cuello herido, sangriento!... ¡Ah! ¡para resolverse á tanto precisaba primero enloquecer!...

.....

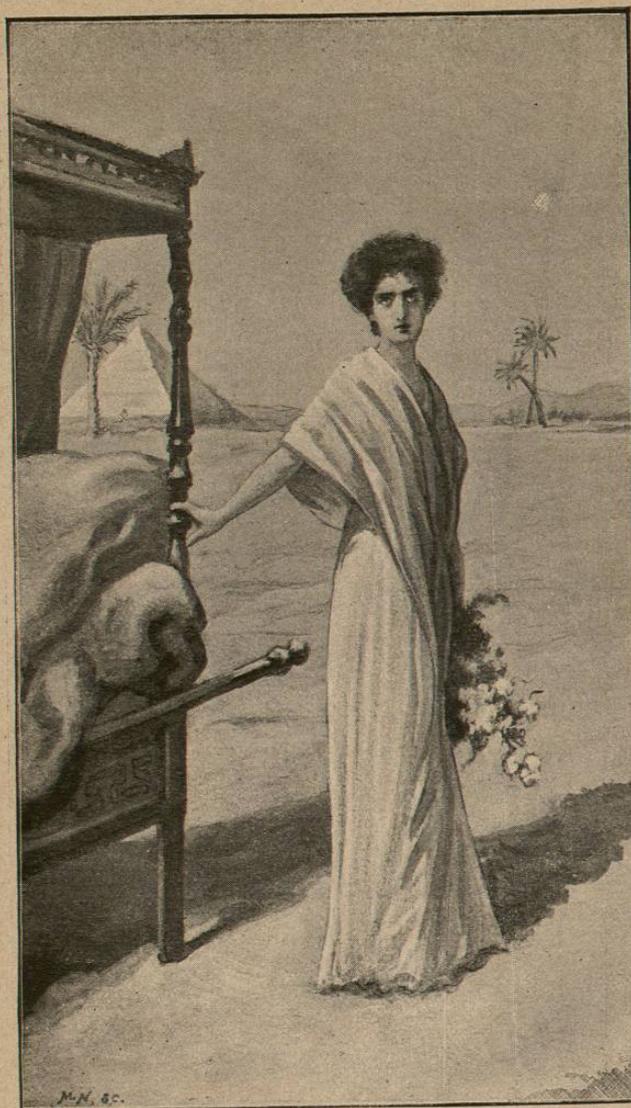
Un día un médico griego dijo á Cinna:

—La que se aparece á tu joven esposa es Hécate. Los seres invisibles que la torturan con misteriosos rumores son espíritus malignos enviados por la diosa cruel.

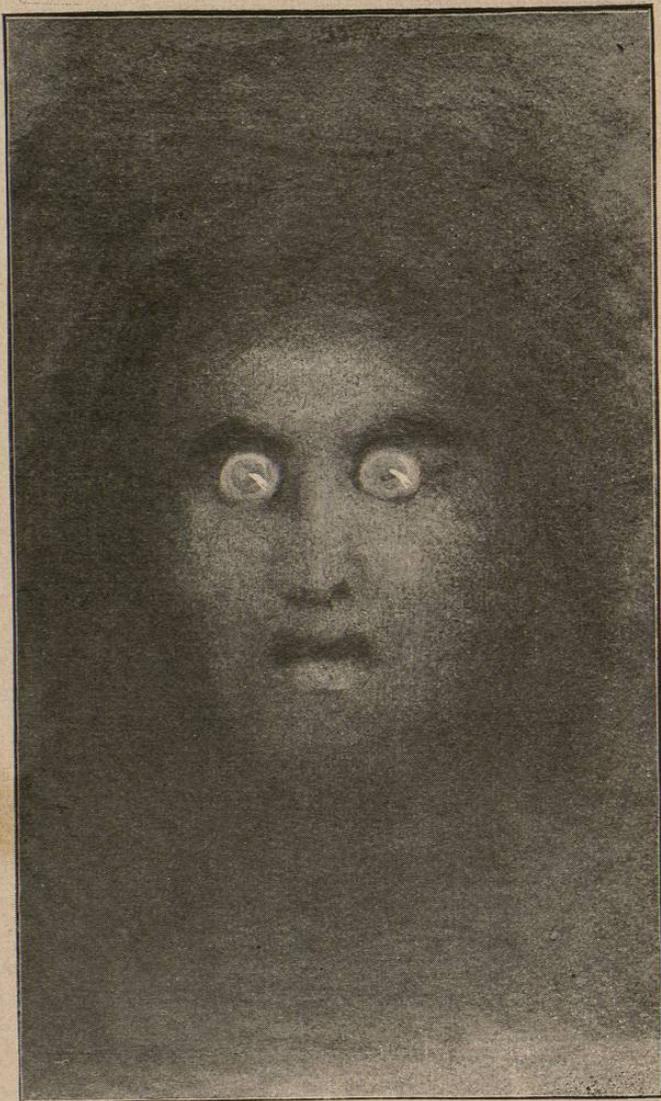
Y añadió:

—La enferma no tiene remedio; ha visto á Hécate y debe morir.

Cinna, que la víspera se hubiera burlado de Hécate y de sus espíritus malignos si



El lotos rosado se volvía blanco, blanco como la faz de los muertos.



Surgía de súbito la faz cadavérica... inmóvil, clavando en Anthea sus ojos brillantes.

alguien se los mentara, aquella misma noche mandó ofrecer espléndido sacrificio á la diosa.

¡Ofrenda inútil! Al mediodía siguiente el lúgubre espectro apareció de nuevo.

Cinna probó de cubrir la cabeza á Anthea: en vano, á través de las espesas telas veía la faz espectral. La encerró en obscuro aposento. En la obscuridad Anthea seguía viendo aquel rostro terrible: dibujábase en la pared, brillaba en las tinieblas con luz pálida, incierta.

Sin embargo, la enferma solía pasar las noches tranquilas. Se apoderaba de ella un sueño tan profundo que dijérase no debía despertar. Pronto fué tal su debilidad que le era imposible tenerse en pie: la llevaban en litera.

La antigua inquietud renació con mayor fuerza en el alma de Cinna. Al temor por la vida de Anthea añadíase la extraña sospecha de que aquella enfermedad se relacionaba con las divinidades de que hablaban con Timón. ¿Quizás el padre de Anthea participaba de igual presentimiento? Cinna ni se atrevía á preguntárselo.

La enferma languidecía, cual flor mordida por venenoso insecto.

Cinna había perdido la esperanza. Anhelando salvar á Anthea intentó un postrer esfuerzo. La mandó trasladar á Memfis.

Pero ni los aires de Egipto ni el plácido vivir á la sombra de las Pirámides atajaron los progresos del terrible mal, y debieron regresar á Alejandria.

Cinna entonces llamó pidiéndoles remedio para Anthea á hechiceros, adivinos, inventores de extraños brevajes; á la multitud de los que fingiendo milagros explotan la humana credulidad. ¡Anhelaba un fin, y para lograrlo todos los medios le parecían buenos!

Por aquel entonces llegó á Alejandria Joseph, hijo de Khusa, célebre médico judío. Cinna apresuróse á rogarle visitara á la enferma: alentó un momento de esperanza.

El sabio no creía en dioses griegos ni romanos: desechó con desprecio la fábula de Hécate.

Su opinión era que Anthea estaba endemoniada y que le precisaba abandonar cuanto antes Egipto, pues las pútridas emanaciones del Delta le eran nocivas y aumentaban su extrema debilidad.

Joseph de Khusa era judío; indicó como sitio inmejorable Jerusalén; ciudad, decía, cuya entrada está vedada á los diablos, y donde se gozaba de aire puro y exento de humedad.

Cinna apresuróse á seguir el consejo, porque era lo único que no había probado y porque conocía al procónsul romano gobernador de Judea, que en aquel entonces era

Poncio Pilato, antiguo cliente (1) de la familia de los Cinna.

Los jóvenes esposos partieron sin demora.

Pilato los recibió con singulares muestras de alegría, y los alojó en su palacio de verano situado cabe á las murallas de Jerusalén.

Pero los días pasaban y las esperanzas de Cinna se desvanecían. El espectro que les había perseguido hasta á bordo del buque que los llevó á Judea no cejaba en su empeño.

Y estaba convencido de que en Jerusalén como en Alejandria les seguiría torturando implacable.

¡Anthea veía transcurrir los días largos, angustiosos, monótonos, sumida en el terror y la desesperación y esperando la muerte que nunca llegaba!

(1) Así llamaban los romanos á los que estaban bajo la protección de los nobles patricios.

